

Réquiem americano*

Quizá los guantes hayan sido elegidos por Philip Roth en esta novela como la metáfora perfecta de una época en que las *formas*, todavía, jugaban un papel en la vida: cuando los hijos respetaban a los padres, los negros a los blancos, los presidentes no ordenaban la grabación de cintas secretas o los soldaditos norteamericanos no morían obscenamente (a la luz de las cámaras de televisión) en Vietnam. «Entonces —como dice el padre del protagonista, Seymour Levov, *El Sueco*, ambos grandes fabricantes de esta prenda sutil— no era nada excepcional que una mujer corriente poseyera veinte o veinticinco pares de guantes..., distintos para cada vestido, distintos colores, distintos estilos, distintas longitudes», ni tampoco que de la industria guantera se pudiera hacer la dulce canción con la que mecer el sueño de los inmigrantes judíos pobres en América (como el propio abuelo Levov, iniciador de la dinastía).

Pero si lo que prometía la canción a tres esforzadas generaciones de una familia judía proveniente de Europa central estaba prácticamente

a la vuelta de la esquina (y la letra de una canción popular de los años cuarenta es lo que pone justamente Roth como epígrafe de su obra: «Sueña cuando acaba el día, / Sueña y tus sueños podrían hacerse realidad, / Las cosas nunca son tan malas como parecen, / Así que sueña, sueña, sueña»), en el momento en que llega la cuarta, en vísperas de Vietnam, será el propio sueño cumplido lo que se impugnará, puesto que para esta generación, al revés que en la canción, las cosas no sólo son tan malas como parecen, sino que incluso son mucho peores. En el caso de los Levov, la cuarta generación se llama irónicamente Meredith o Merry (*feliz*), la hija «lista y chispeante» de «un padre fuerte» (*El Sueco*) y de «una madre bella» (descendiente de inmigrantes católicos irlandeses), la hija «para quien Estados Unidos iba a ser el paraíso». No lo sería (el paraíso se convertirá más bien en infierno para todos ellos), y *El Sueco* recuerda con nostalgia y cólera el pasado, «una época cuya narración se prestaba al comienzo *érase una vez...*», cuando la unión de aquellas cualidades paternas, maternas y filiales «rivalizaba con la trinidad de las tres osas».

La hija adolescente pone una bomba y mata a un inocente, pero mientras tanto muchas otras bombas, reales o figuradas, han estallado ya, en Vietnam o dentro mismo de Estados Unidos: por ejemplo, la rebelión de los negros de finales de

* Philip Roth, *Pastoral americana*, Trad. de Jordi Fibla, Madrid, Alfaguara, 512 pp.

los sesenta, que termina sembrando el pánico en varias ciudades, vaciándolas de blancos y de actividad industrial, entre ellas Newark (Nueva Jersey), donde los Levov tienen desde siempre su hogar y su fábrica de guantes, y de la que los sobrevivientes están dispuestos a llevarse cualquier cosa: el friso de un mercado, la cornisa de una iglesia, «incluso las tuberías de aluminio de edificios ocupados, edificios en pie». Como dice el padre del Sueco: «¿Ahora están robando las calles? ¿Newark ni siquiera puede conservar sus calles? ¡Lárgate de aquí cuanto antes, Seymour!»

Sin embargo, como encarnación a ultranza de los valores WASP (Blanco, Anglosajón, Protestante) —o mejor dicho, como voluntad férrea de encarnarlos, que hace a cualquier inmigrante o hijo de inmigrante, sobre todo en EE UU, más papista que el Papa—, el judío Seymour Levov prefiere concentrarse, entre todas las bombas, en la que ha hecho estallar su hija. Porque, a pesar de todo, «las cosas nunca son tan malas como parecen» y siempre es posible soñar, o sea conformarse con lo que existe, aunque el mundo se venga abajo. De ahí su moral cerrada y escandalizada: «¡Ella ha puesto una bomba!»; sus deducciones erróneas: «No le gustaba la mostaza [a Merry]. Ésa fue otra de sus quejas antes de que empezara a quejarse del capitalismo»; su incomprensión profunda de lo que

pasa y de lo que le pasa, tal como lo expresa esta vez su hermano Jerry, al teléfono, cuando El Sueco lo consulta desesperado: «¿Dónde está ese país anticuado y decoroso en el que una mujer tenía veinticinco pares de guantes? —pregunta Jerry—. Tu hija hace saltar tus normas por los aires, Seymour, ¡y todavía crees saber lo que es la vida!»

Así se cierra la segunda de las tres partes en que está dividida la novela (*La caída*; las otras dos son *Paraíso recordado* y *Paraíso perdido*), y en ella, efectivamente, el protagonista acaba rodando hasta el fondo, puesto que mientras tanto Merry no sólo ha seguido poniendo bombas y matando a más gente (otras tres víctimas) sino que, en un nuevo giro del destino, y como culminación de su carrera, pasa —paradójica y no tan paradójicamente— de la protesta contra la guerra de Vietnam a la protesta contra la agresión a cualquier forma de vida, por sencilla o infinitesimal que sea. «Llevaba el velo para no perjudicar a los organismos microscópicos que viven en el aire que respiramos», apunta Roth al describir el terrorífico encuentro entre padre e hija —cinco años después de la desaparición de ésta del hogar familiar—, en un tugurio de la zona de Newark más sometida al abandono y al despojo, y poblada por los desechos humanos que no tienen cabida en el paraíso de El Sueco. La metáfora histórica es perfecta: «Haz el amor, no la

guerra». Merry es el símbolo completo de los hijos de aquella época.

El mérito del autor en esta novela consiste en haberse metido sin vacilar dentro de la cabeza de El Sueco, acompañando –y aclarando– de este modo su itinerario mental hacia el desastre. Al hacerlo así, logra que el personaje roce todos los límites en los que están encerrados su «vida a medida», «impecable», su «optimismo desmesurado». Un personaje más *normal* (más *normalizado*, diría Roth) es decir, más librado a sus posibilidades inherentes, no llegaría desde luego tan lejos, pero entonces, lo que se ganaría en fidelidad, en cierta clase de objetividad, se perdería en *verdad*, en la única objetividad que importa a un escritor. Es así cómo en ciertos momentos no llegamos a distinguir bien entre la voz de El Sueco y la voz de Roth (en realidad la de su *otro yo*, el novelista habitual de gran parte de su obra, *Nathan Zuckerman*), pero esta intrusión, en lugar de atentar contra la verosimilitud, la refuerza, puesto que no hace otra cosa que mostrarnos todos los caminos abiertos para que el personaje pueda superar su confinamiento, caminos que su propia situación objetiva en el entramado social e histórico clausurará una y otra vez. Al fin y al cabo, El Sueco, trágicamente, no puede «saber lo que es la vida», está condenado a vivir en aquel «país anticuado y decoroso», como toda su generación. Y si Roth superpone voces, es también porque

está hablando, más que de un personaje concreto, de esa generación, que es la suya propia. He aquí un segundo símbolo. Y el ajuste de cuentas con ella, lleno de ruido y de furia, es asimismo el ajuste de cuentas con el *paraíso* con que sus miembros simbolizaron al país que los vio nacer o llegar desde muy lejos (como fue el caso de todos los desesperados e industrioses abuelos Levov).

En este doble sentido –el de la superposición de voces, pero también el de *juicio final* de una generación–, cabe citar parcialmente un párrafo del libro donde, por si no bastara con todo lo anterior, se hace aún más clara la intención del autor al dar con su título. Cuenta Roth, desde los entresijos de la conciencia de El Sueco: «Y entonces se produjo la pérdida de la hija [...], la hija enojada, repelente, despectiva, sin el menor interés por ser la siguiente Levov de éxito, que le había hecho salir de su refugio como si él fuese un fugitivo [...], la hija y la década que convirtieron en añicos su forma particular de pensamiento utópico, la peste de América infiltrada en el castillo del Sueco e infectando a todos sus moradores. La hija que le llevaba fuera de la ansiada pastoral americana para conducirlo a cuanto era su antítesis y su enemigo, a la furia, la violencia y la desesperación de lo contrario a la pastoral, a la fiera americana indígena».

Ricardo Dessau